

BERAZATEGUI, LA OTRA VIOLACIÓN
Por Claudia Bernazza

Son las siete de la mañana.

Los trenes cancelados. No hay manera de llegar a Retiro con los micros atestados y Mirta se alegra. Como no tiene ganas de volver al barrio se entretiene en la estación. Total Juan Lucero no la espera hasta la noche. Total está muerta, con sueño de lunes, de acarrear agua todo el domingo para lavar ropa, de esperar músicas que no vinieron.

Mirta tiene veinticinco años que parecen treinta, que parecen cien. Recorre la calle catorce, que hoy se prepara para los corsos y tiene todo el calor de febrero flotando. Se acuerda de cuando venía en los carnavales con Juan Lucero y la vieja.

La vieja...tanto tiempo que ya no estaba, pobre, del Chaco a Berazategui y de ahí al hospital, sin ver nada más.

Juan Lucero...¿por qué carajo nunca quiso ir a la escuela? Pero cómo nos divertíamos con el vaguito en el corso.

¿Se acordará Lucerito, hermanito reloco, de esos días de cinco o seis años atrás, mil veces atrás?

Canción de carnaval y verano caliente.

Las calles del barrio maquillan actores polvorientos, que bailan una murga chillona. Los tambores recuerdan los ritmos de una cumbia y se ensaya transpirando todo el sol que se se derrumba a chorros.

El domingo habrá palco y guirnaldas sobre el asfalto de la catorce, papel picado y altoparlantes. Pero hoy es día de semana y se practica sin el brillo de los trajes rasados.

Esto a Juan Lucero le gusta, porque sin disfraz, y sin noche que esconde, bailan los buenos.

Lucerito salta en cruz infinidad de veces, en la exacta separación que lo distingue como el mejor de la comparsa. Hoy hay luces en los ojos. Espera que las chicas se paren en la vereda para admirarlo, aunque sea ensayo, ropa sucia, mediodía.

Por una vez, por única vez, por unos días en el año, Juan Lucero es rey. No hay maestra que destaque diferencias en su contra, ni golpes, ni gritos, ni hambre. En domingos de febrero, Mirta, su hermana, hablará de él sin quejarse, todo el barrio hablará de él. Y él no podrá prestarles atención, porque deberá cuidar diálogos de su cuerpo con el ritmo, como que sabe su oficio y no se permite descuidos.

Canción de carnaval y mediodía. Juan Lucero, calle caliente, mueve la música que mueve el cuerpo, y comienza la vida de los pocos días.

El colectivo a Mirta la deja en la quema, la que se formó sobre el asfalto del barrio. De la quema a su casa ella tiene que pasar por la cortada del cañaverl, o hacer veinte cuadras dudosas.

El micro viejo, de la catorce al barrio, mete cuarenta y cinco minutos y luces rojas con tango muy mal sintonizado. Se llena de gente después de los corsos pero se va vaciando en el trayecto. Y aunque Mirta labura toda la semana fregando pisos en la capital -el edificio Olivetti reluce escaleras por las manos de Mirta- ella siempre se siente una cabaretera cuando se sube al 603, más en madrugada sofocante de carnaval, y encima sola porque la vieja no quiso ir y Lucerito hace rato que se perdió de vista.

Ojos de hombre, olor a noche, dieciocho años mujer.

Cuando se baja en la quema le mete miedo el cañaverl. Por eso elige las veinte cuadras para llegar a su casa.

Esta noche le hubiese gustado saber silbar, porque su propio taconeo la llena de nervios y la hace sentir desnuda.

Por eso, cuando aparece el tipo, el colectivo demasiado lejos, ella siente que es lo pactado, que hace varios años que está anunciado, que no hay otra, y para qué gritar.

Espera a cruzar el arroyo para vomitar tanta vergüenza y limpiarse la sangre. No llora para que no se note la repugnancia en los ojos. Así Lucerito no sospechará nada, así el barrio no se entera, así se sigue laburando al día siguiente casi como si el ritual convenido se hubiera cumplido, el precio de alquiler por vivir en la cloaca, pero que al menos es de ella.

En la quema, miércoles de ceniza, Juan Lucero descansa bailes, busca lo que nadie tiró y se llena de tierra y de mocos. Juega a que no es la quema ni Juan Lucero, levanta unos cueros y unas latas y deambula tranquilo.

Falta mucho para que Mirta vuelva de Retiro, el sol está alto, altísimo, y se puede joder a los gritos y fumar hasta el reviente. A la quema no van canas, y las asistentes sociales en estos meses andan por otras mugres, no por ésta.

Juan Lucero sabe que se terminó la función, y apaga el último cigarro de la fiesta.

Son las siete de la mañana.

Los trenes cancelados.

Mirta camina despacio, se acuerda de atrás, muy atrás, y se encuentra con la otra mujer.

Se para y la observa.

Como ella, está sin maquillaje, y también le limpia el traste a Buenos Aires.

Es la que está tan lejos del Riachuelo, la oscura.

La ciudad de las industrias que no son, de las plazas que no pudieron ser, del río infame y residual.

A Berazategui también la violaban, y por eso Mirta siente que la quiere tanto.

Se le ríe en la cara, la insulta con cariño, y vuelve al barrio.

Hudson, 1987.